

2. Cigarrillos

Viajo de un humo a otro y leo en el blog de *The Paris Review* una interesante entrevista (telefónica) de Michael LaPointe con Javier Marías en la que, bajo una foto del novelista fumando compulsivamente (con los carrillos tensos de aspirar con fuerza) uno de sus cigarrillos *ultralights*, el autor de *Berta Isla* (que se publica estos días en EE UU en traducción de Margaret Jull Costa) confiesa que si no fumara no podría escribir (sus editores deberían tenerlo en cuenta y fomentar su rentable vicio con el constante envío de cartones). Y no tanto porque necesite aspirar nicotina para estimular su imaginación, sino porque precisa sentir el cigarrillo entre los dedos: “Los cigarrillos que fumo mientras escribo son probablemente los que fumo menos: se consumen en mi mano más que en mi boca o mis pulmones”. E ilustra la fuerza de su humeante manía con una anécdota que me causa escalofríos: hace no mucho declinó la invitación a pasar algunas semanas impartiendo charlas en las prestigiosas Weidenfeld Lectures de la Universidad de Oxford porque averiguó que allí no se podía fumar bajo

techo, una decisión que confiere otra dimensión al adjetivo “empedernido”. Por cierto que estos días está llegando a las librerías *Historia de una demencia colectiva* (Reino de Redonda), un relato histórico con mucho de parábola, en el que Friedrich Reck-Malleczewen (autor del impresionante alegato antinazi *Diario de un hombre desesperado*, increíblemente inédito en España) describe el régimen de terror e intransigencia religiosa y moral impuesto por el anabaptista Jan van Leyden en Münster durante 1534 y 1535.

3. Otra más

Todavía conservo un diccionario de bolsillo *Español-Français, Français-Español* de Éditions Garnier, que mi padre adquirió para mí en la Librería Francesa de Henri Avellan, situada en la calle de Duque de Sesto, muy cerca de mi casa de entonces: fue mi primer libro en aquella lengua, de la que había algunos otros en la pequeña biblioteca familiar. Recuerdo a mi padre conversando en un envidiable francés con Monsieur Avellan, a mis ojos de niño un hombre robusto, calvo y circuns-

pecto que vestía americanas de *tweed* y corbatas primorosamente anudadas, y que se ocupaba de la tarea de importar y vender libros franceses. Y, aunque no traía todos los que hubiera deseado —la censura era feroz—, de vez en cuando se colaba alguno de Camus o de Sartre o de Gide, que duraba muy poco en las estanterías. La librería, que ha estado allí desde 1952 —¡66 años!, un auténtico récord—, tiene los días contados. La agente Virginia López Ballesteros me dio el soplo de que iban a cerrar a finales de octubre y de que todo estaba en liquidación, de modo que me decidí a hacerles una visita. Y encontré muchas cosas: tomos de La Pléiade, libros de la colección Blanche de Gallimard, “bolsillos” muy apetecibles, cuadernos milimetrados muy del gusto francés. Y había también bastantes clientes: muchos más, atraídos por el descuento, de los que frecuentaban la librería habitualmente. Pregunté a una de las librerías por las razones del cierre de aquel pequeño templo de mi infancia, que había resistido a cambios de propietario e incluso de nombre. De todas las explicaciones que me dio, me quedé con una que resumía casi todo: “Amazon ha hecho mucho daño”. Otra más; y seguimos contando.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Aquel hombre

Enrique Moradiellos tiene un talento narrativo de historiador americano o británico y una capacidad doble para la profundidad investigadora y para la síntesis. Su libro escuetamente titulado *1936* es el mejor resumen que conozco de la Guerra Civil. Su biografía de Juan Negrín ofrece esa inmersión de largo aliento que suele considerarse exclusiva de las novelas, pero que yo encuentro con más frecuencia en el trabajo de los historiadores que combinan la pasión de descubrir y la pasión de contar. En ese libro uno encuentra la complejidad histórica de los tiempos que le tocó vivir a Juan Negrín y también el sentido inmediato de su carácter y hasta de su presencia física. En una época en la que el pasado español está cada vez más sometido a las simplificaciones y a los maniqueísmos de la ideología, y en la que el arte de la novela se pone con frecuencia al servicio de catecismos de buenos y malos, me da la impresión de que el trabajo de los historiadores es más que nunca el reducto del conocimiento riguroso y de esos valores de sutileza, ambigüedad y pluralismo de miradas que antes solíamos encontrar en las novelas.

Pocos personajes de ficción pueden competir en atractivo y en desmesura como aquel inmenso Juan Negrín que tuvo tanto que ver con lo mejor de la llamada Edad de Plata de la cultura española. Sabemos mucho de los poetas, los cineastas, los pintores, los gandules que confluyeron en los años veinte en los pisos nobles de la Residencia de Estudiantes. Pero se sabe mucho menos del sótano de ese mismo edificio en el que Juan Negrín estableció su laboratorio científico. En la biografía de Moradiellos uno aprende que Negrín forma parte de la genealogía de la ciencia española en la misma medida que en la de nuestra tradición democrática. Negrín exiliado en París y en Nueva York, expulsado del Partido Socialista, repudiado por los suyos, es una figura trágica, como Azaña en Montauban o Antonio Machado en Colliure.

El historiador, como el novelista, se siente unas veces tentado por la expansión y otras por la síntesis. Ser conciso sin simpleza es tan difícil como explorar la amplitud sin prolijidad innecesaria ni desorden. Ahora Moradiellos acaba de publicar un libro que, no solo por su brevedad, parece la antítesis de su biografía de Negrín. Y es que costaría mucho encontrar un personaje tan opuesto a él como su coetáneo exacto y enemigo el general Franco. Yo no creo que hubiera nunca dos Españas, ni siquiera cuando había dos bandos separados por un frente de guerra. Pero quizá sí hay, o hubo, dos modelos opuestos y del todo incompatibles de español, que en este caso habrían sido Francisco Franco y Juan Negrín. Franco pequeño, Negrín grandullón; Franco con voz de pito, Negrín con voz rotunda de gigante canario; Franco beato, militar, militarista, ultrarreaccionario, provinciano;



Juan Negrín, durante una visita al frente del Ebro en 1938.

“ Franco beato, militar, ultrarreaccionario, provinciano; Negrín librepensador, científico, viajero, republicano, vividor

Père-Lachaise, sólo estuvieran las iniciales de su nombre.

Cuando yo era niño, Negrín y Azaña eran raros nombres exóticos que pronunciaba con reverencia y misterio mi abuelo materno. Infaliblemente, cada vez que comíamos lentejas, mi abuelo decía: “Las píldoras del doctor Negrín”, porque era así como se las llamaba en las hambres de la guerra cuando no había otro alimento disponible.

Franco era una figura que oscilaba entre la omnipresencia y la invisibilidad. Su foto estaba en las aulas de la escuela, a la derecha del crucifijo. A la izquierda estaba siempre la

foto de José Antonio Primo de Rivera. Franco aparecía siempre en los noticiarios patrióticos que pasaban en el cine antes de las películas, pero en ese rato todo el mundo andaba distraído y no prestaba la menor atención ni a las imágenes en blanco y negro ni a las voces vibrantes de los locutores. Hablo de los años anteriores a la llegada de la televisión a las casas de familias trabajadoras en el interior de Andalucía. Franco era esa vozecilla sin cuerpo y casi sin volumen en la radio, a media noche, el último día del año. Una vez, en la escuela, nos concentraron a todos en un patio muy grande y nos dijeron que iba a llegar Franco. Yo era muy pequeño, perdido en una fila, entre centenares de niños con mandiles azules. En un momento dado alguien dio la señal de aplaudir, pero yo no vi nada, y un momento después toda aquella expectación había terminado.

Franco debía de ser invisible.

Dar cuenta de alguien tan desmedido como Juan Negrín requiere de un historiador un esfuerzo casi de la misma escala que el propio personaje. Al tratar de Franco, Enrique Moradiellos se habrá encontrado, imagino que no sin estupor, con el caso contrario. Franco resulta tan banal que no parece que su biografía pueda ser mucho más larga que su necrológica o que la enumeración administrativa de una hoja de servicios. Moradiellos ha consultado con mucha atención los testimonios de personas que estuvieron muy cerca del tirano y que publicaron libros impagables después de su muerte: dos de sus médicos, además de su primo y secretario personal, el teniente general Franco Salgado-Araujo. Franco fue toda su vida un déspota frío y un beato de misa y rosario, un verdugo sin remordimientos y una especie de funcionario que al caer la tarde se pone las zapatillas de fieltro y se sienta a ver la televisión en una mesa camilla al calor del brasero, un intrigante resabiado que se las arregla para amarrarse al poder como un mejillón a una roca, y un abuelo que por nada del mundo se pierde un partido de fútbol en la tele y cada domingo por la noche comprueba los resultados de las quinielas, a ver si le ha tocado algo.

Franco acertó una vez una quiniela de 14 y sin que nadie se enterara cobró un millón de pesetas.

Franco. Anatomía de un dictador. Enrique Moradiellos. Turner, 2018. 320 páginas. 22,90 euros.